

JOSÉ ANTONIO GARCÍA BLÁZQUEZ

El amante inanimado

PERSONAJES

AURORA
LA PORTERA
EL MANIQUI
EL VISITANTE
LA PEQUEÑA
BERTA
ROB
ANDO
ELISA
LA ABUELA
EVA
EDUARDO

(Panorama urbano. Ruidos de ciudad estridentes. Entra AURORA. Lleva una bolsa con botellas muy pesada. Del panorama se adelanta un cubil. Dentro está la PORTERA. AURORA comienza a subir las escaleras que se han recortado sobre el paisaje. No puede más y se sienta. Cuando la PORTERA comienza a hablar, echa a correr y entra en la casa. Sobre el panorama urbano se ha abierto un hueco: la habitación de AURORA.

Un armario, una mesa, un teléfono, una silla y un MANIQUI.

La PORTERA estará siempre situada frente al público.

La acción más que un monólogo es una queja subterránea.

AURORA no puede ni siquiera obtener la independencia de su soledad. Siempre habrá alguien que la observa. Tampoco le es posible salir de su soledad. Se mueve entre la autoridad del orden instituido y el ridículo.)

PORTERA

¡Ahí va la loca del segundo, cargada de botellas! Seguro que organiza algo, la tía. ¿Sabe usted? El otro día reunió un grupo de jovencitos. Les quería dar clases de inglés. ¡Ja! ¡Cómo se rieron de ella!

AURORA

(Se estriba en la puerta con gesto de cansancio. Se sirve un trago y se dirige al MANIQUI.)

¿Y tú consientes que esa bruja me insulte? ¿Toleras que a tu amada le digan esas cosas? Ya, ya sé. Piensas que no debo hacerle caso. Es solamente la Portera. Ya, ¡la Portera! Una verdadera autoridad. Una diosa, eso es. Te confieso que la temo. Me controla, me persigue con la mirada, me critica. Sabe cuándo salgo y cuándo entro. Sabe cómo voy vestida, qué he comprado en el supermercado, lo sabe todo de mí. Y me odia. Me odia porque soy delgada, estoy segura. Me odia por eso. Y ¿por qué negarlo? Porque tengo clase, ¡clase!, estilo. Ella se debe ahogar en sus vestidos negros y en su olor a humo. Seguro que discute con el marido. Es una basura, y yo dependo de esa basura. El mal rato que me hace pasar cuando subo o bajo la escalera es capaz de amargarme todo el día.

La veo en su agujero, como una cucaracha, me clava los ojos y me sonrío. Luego espera que pase alguna vecina para ponerme verde. Así siempre.

PORTERA

¡La tía borracha! Seguro que se entiende con alguien. ¡La muy tacaña! Nunca me atizó una propina, ¡nunca! Guarda el dinero para su chulo. ¡Claro! que debiendo lo que debe... como para dar propinas. Porque está desahuciada. ¡Más de tres meses sin pagar el alquiler de la casa! ¡A la puta calle! Ahí es donde va a ir.

AURORA

(Se abraza al MANIQUI.)

¡No, ella no sabe que te tengo aquí! ¡Ah, si te descubriera! Seguro que me denunciaría por prostitución, la conozco. Eres tan guapo que se moriría de envidia. Su marido, en cambio, tiene en la cara una de esas manchas de vino tan repugnantes.

Le cubre el ojo izquierdo. Tú eres exacto, puro y limpio como un diamante. Por eso te quiero. ¿Te quiero? Ah, a veces lo dudo. Te soy infiel, lo confieso. Por lo menos, lo pretendo. Pero tú tienes la culpa, por tu pasividad, ¿comprendes? Por tu indiferencia. Por ejemplo, ni siquiera te has fijado en el peinado que llevo. No me has dicho que me favorece. Te da igual. Sé que miras a otras por el balcón. Reconócelo. Nuestro amor va a la deriva. A la de-ri-va.

(Se sirve otra copa. Da la espalda al MANIQUI. Pone la radio y baila sola, se detiene, no sabe qué hacer. Apura lo que queda de la botella. La tira. Se apoya contra la pared y se deja deslizar hasta el suelo. Comienza a sacar cosas de la bolsa: botellas, latas, sobres de sopa...)

Una llega derrengada de la oficina. Harta. Pisoteada por la cantidad de jefes, jefecillos, jefezazos que están sobre ti. Siempre temblando porque, encima, puede aparecer tu nombre en la próxima lista de despidos.

(Mira al MANIQUI.)

¿Te das cuenta? Ni un momento agradable. *(Enciende un pitillo.)* Quizá, eso sí, el rato del café y el cotilleo con los compañeros. Pero en seguida uno de los innumerables jefecillos pasará y te fulminará con la mirada. *(Tose imitativa.)* ¡Hum! ¡Hum! ¡Es que no tiene nada que hacer! *(Aplasta el cigarrillo en el suelo.)* Y luego, a soñar con la salida. *(Gritando.)* ¿Pero es la salida la liberación? ¿La libertad? ¿El encuentro con el amor? ¡Qué va! Vas al supermercado, te rompes la cabeza para ver qué compras y a saber si te va a llegar el dinero, y terminas por comprar lo que no necesitas y, para colmo, te pones delante de la caja más lenta.

(Coge la bolsa y la pone encima de la mesa. Busca frenética. Se encoge de hombros.)

Nada. Como siempre tengo que dejar algo en caja, porque no me llega el dinero; nada, ¡nada! de lo que he comprado me sirve para cenar. *(Abre otra botella.)* ¡A la mierda! *(Dirigiéndose al MANIQUI.)* ¿Y qué pasa después? ¿Eh? ¿Cómo matar el resto del día? ¿Cómo matar, sí, cómo matar el tiempo? *(Despreciativa.)* ¡Contigo!

(Mira el teléfono, coge un periódico y busca entre los anuncios.)

Por eso he puesto un anuncio en el periódico. Esta vez es para alquilar una habitación, pero yo digo que es para alquilar todo el piso. No te importa, ¿verdad? Vamos a ver... «Piso monísimo, económico, bien situado, teléfono». Ah, espero que llamen ya. Pero no puedo soportar ver el teléfono ahí, inmóvil, esperando a que grite de un momento a otro. Estoy demasiado nerviosa. Voy a llamar yo. ¿Y a quién? Miraré la sección de pérdidas.

(Busca un número y marca.)

¿Oigaaaaa? ¿Es usted quien ha perdido una perrita pequinesa que atiende por Fufy? ¿Sííí? La llamo para decirle que se la acaba de follar un afgano.

(Cuelga, va a reírse y se queda con la cara rígida.)

No, no tiene gracia.

(Mira alrededor angustiada.)

Dios mío, qué sucio está todo. Hay hasta telarañas. ¡Qué asco! Siempre he vivido entre telarañas.

(Marca un número al azar.)

¿Arturo? Hola, querido, soy Aurora. Sí. Au-ro-ra. No te hagas ahora el despistado. ¡Después de todo lo que sucedió anoche! Dile, dile a tu mujer que se ponga y ya verás si le interesa o no. ¿Cómo? Ah, perdone, me habré confundido.

(Cuelga.)

Tenía una voz gangosa. Seguro que es gordo y calvo. Sin interés.

(Mirando alrededor.)

Qué desordenado está todo esto. He de limpiar, para cuando vengan a ver el piso. Pero debo empezar por mí misma.

(Coge un espejo.)

Tengo que cuidarme más. Cuando se han pasado los cuarenta... Pero eso no se lo diría ni a mi madre.

(Dirigiéndose al MANIQUI.)

Ya ves, este maquillaje es demasiado claro y esta barra de labios demasiado oscura. A ver si mezclándolos... ¡Ya está! ¡Uhhh! ¿Me encuentras mejor? Te callas, ya veo. No tienes opinión. ¿Por cuánto tiempo supones que vamos a seguir así? Ya no eres el mismo, amor mío. ¿Recuerdas, antes? Antes todo era distinto. Estábamos enamorados. El día que nos conocimos... Llovía. Yo iba por la calle, mirando los escaparates, y te vi. ¡Te vi! Nuestras miradas se cruzaron. Tus ojos no se apartaron de los míos. ¡Cómo me mirabas! Confieso que la intensidad de tu mirada me conmovió. Nunca me habían mirado así, tan fijamente. Tu cuerpo también me miraba, todo tu cuerpo. No pude por menos de entrar y llevarte conmigo. Me costó trabajo, ya sabes. No querían dejarte marchar. Que si eras imprescindible, que si iban a ponerte en el escaparate, etcétera. Pero yo insistía, insistía, mientras tú continuabas mirándome. Estuve por decirles a los de la tienda: ¿Pero es que no se dan cuenta? ¿No ven que ya no pueden separarnos? ¡Cómo te brillaba el pelo! Ahora se te ha apagado un poco ese brillo, reconócelo, querido.

Bueno, al fin salí contigo. Paramos un taxi, y ¡oh, entonces me acordé de la Portera! No podía verme entrar contigo, ¡qué problema! ¡Cómo la odié! Era necesario esperar a que fuese de noche y cerrase el portal.

PORTERA

A saber qué hará de noche cuando cierro el portal.

AURORA

Y entramos en un cine, ¿recuerdas? También hubo sus pegas. No querían dejarte entrar. Pero, bueno, ¿por qué? ¿Es que este señor no ha pagado su entrada como todos los demás? Les convencí y contemplamos dos películas con las manos cogidas. Yo reposaba la cabeza sobre tu hombro, tú rodeabas mi cuello con tu brazo.

Qué felices éramos. Luego vinimos aquí y nos preparamos una cena fría. ¡Cuánto hablamos aquella noche! También bebimos y bailamos. *(Baila.)* Yo tenía la sensación de vivir de nuevo. Tú me enseñabas a verlo todo con ojos de niño. La vida comenzaba a ser hermosa, las habitaciones adquirían calor.

(De pronto, rompe su charla en un gesto muy grosero.)

Pero ahora eres un plomo, un verdadero coñazo. Te has convertido en una tumba, querido. Y es el tiempo, el tiempo. Haces que me sienta tan sola como estaba antes de encontrarte. Ya veo que estás enfadado, no creas. No te gustó lo de las clases y te pones celoso cada vez que llamo por teléfono. Pero te lo repito: ya no apagas mi soledad. Y yo estoy sola aquí, en este piso, mirando la fachada de enfrente, con la cara pegada al cristal, sintiendo la lluvia o el sol.

(Pasea, mira por la ventana y eructa.)

No nos conocimos como he dicho, amor mío. Fue en verano. Yo estaba en la playa, tendida, tomando el sol, y de pronto sentí tu mirada sobre mi cuerpo. Te miré yo, te pusiste nervioso y te lanzaste al mar desde una roca. Te heriste. Nada grave, pero te curé la herida con un poco de agua de colonia y de crema solar. A ti no te dolía, porque solamente tenías sentidos para mí. Desde aquel día fuimos a la playa siempre juntos. Jugábamos entre los pinos, nos perseguíamos.

(AURORA cambia su actitud, se crispa y se vuelve hacia el MANIQUI, excitada.)

No, no fue así como nos conocimos, no. Yo estaba sola, muy sola, harta de silencio,

harta de libros, de música y de cine. Estaba desesperada. Me miraba las manos, cansadas de coger objetos, cansadas de tocarme a mí misma. Me dormía. Me dormía. Y mi cama la sentía demasiado ancha. Mi juventud, demasiado lejana.

Me veía en viejos retratos, siempre en compañía de mi madre. Mi madre me vestía de un modo horrible, me cargaba de lacitos. Y mi abuela me llevaba a misa por las mañanas y a hacer visitas por las tardes. Hasta que un día me rebelé. ¡Vaya que si me rebelé!

¡Oh, aquello sí que fue bueno! Llegué a casa a las seis de la mañana. ¡Con mi vestido rojo, aquél tan ceñido, una piel encima de otra piel, rojo como un latigazo, con el vino bailando en mi cabeza y los labios llenos de besos!

¡Ah, qué grande ser bella, qué grande ser libre!

¡Buenos días, mamita! (*Ríe.*) ¡Tiempo le faltó a la bruja para querer encerrarme en casa! Tenía miedo de que le robara a sus lánguidos amantes, (*como si temiera que EVA pudiera oírla*) todos más jóvenes que ella.

(*EVA aparece como una fuerte y repentina emanación de la memoria de AURORA.*)

EVA

¿Aurora? ¡Aurora! Sé que estás ahí. Sé a qué hora has venido. Y que te has puesto mi vestido rojo. (*Con ironía melosa y malévola.*) ¡Qué bien te sienta! Pareces una amapola, una rosa de pasión. (*De repente, fuerte.*) ¡Un repollo! Eso es lo que pareces. ¡Un repollo ceñido! ¡Mamarracho! ¡Te ha-brán mirado de lo lindo! Y luego bien que se habrán reído de ti. Pasearte así por las calles, entrar y salir de los bares... ¿Pero qué te habrás creído? Estoy harta de que me espíes, de que me imites, de que te hagas el enconadizo con quien yo me sé. ¿Qué supones? ¿Que se va a fijar en ti? So birria, que eres una birria. (*Pausa en la que descarga su enfado, para agregar en tono razonable pero que trasluce perversidad.*) Mira, Aurora, hija, hablemos en serio. Ya has hecho bastante para ganarte tu fama. Tu mala fama. Yo pienso..., yo te aconsejo que te busques un trabajo... no sé..., un puesto de secretaria en alguna oficina..., ya, ya sé que no es importante, o de dependienta en unos grandes almacenes. ¡Qué sé yo! Y eso te permitiría independizarte. (*Se carga otra vez de enfado.*) ¡Y nunca vuelvas a robarme otra vez un vestido! ¡Nunca vuelvas a robarme ni siquiera una mirada, una sonrisa, una palabra que alguien sólo me dedicara a mí!

(*AURORA ha ido inclinándose como vencida por cada palabra de EVA. Cuando termina de hablar tiende sus brazos hacia EVA que desaparece. Pausa, con tristeza.*)

AURORA

No, ella no me dejaba acercarme a ellos ni a un kilómetro de distancia. Sobre todo al único, al que de verdad le importaba: Eduardo. (*Soñadora.*) ¡Eduardo!

Nunca me dejó salir con Eduardo, nunca. Claro que...

Y te conocí así. Saliendo de mi propia soledad, como un hijo. Un hijo inútil y frío. Pero mío, ¡mío!

Y te encontré aquí una noche.

¡Aquí!, aquí fue donde te conocí. Estabas esperándome y me asusté al verte, porque yo no te esperaba. Te digo que te encontré sin saberlo, una noche, ahí, de pie, junto a la ventana, y me mirabas con tus ojos inmóviles. Me quedé helada de miedo, pasmada. ¡Yo no te llamé! ¡Yo no te traje! ¡Yo no te quería a ti! Pero me echaste los brazos al cuello y me llevaste a la cama, ¡eso fue lo que hiciste! Y yo no comprendía

nada, ¡nada!, estaba atontada, te lo repito. ¡Me violaste!

(Suena el teléfono. AURORA se queda quieta, sin respirar durante unos segundos. Al fin, coge el auricular.)

¿Dígame? *(Entre pausas.)* Sí, sí, aquí es. Dos habitaciones, baño y cocina. Sí, calefacción. ¿Teléfono? Claro, ¿o es que nos estamos comunicando por morse? ¿El alquiler? Pues mire, será cosa de tratarlo personalmente. Veamos, ¿es para usted solo? ¿Sííí? Pues si quiere venir a verlo, ya llegaríamos a un acuerdo. Hay que conocer a la persona, ¿comprende? No, nada caro, qué va. Siempre que se trate de un joven formal, claro. Bueno, tampoco es necesario que sea un monje. En fin, si quiere venir a verlo, anote la dirección, por favor. Paseo del Valle, 140, segundo derecha. Eso es. ¿Entendido? Adiós, hasta ahora, au revoir. No tarde, estaré aquí. Ah, oiga, si le pregunta la Portera...¡eh!, ¡oiga...! Ha colgado.

(AURORA se abraza a un cojín y lo deja. Se levanta, coge un libro, lo abre, lo cierra. Y ríe un poco.)

Oh, tiene una voz tan agradable, tan dulce. ¿Qué hacer mientras espero? ¿Cómo he esperado otras veces?

(En sus pasos, repara en el MANIQUI. Lo coge de la mano y juega con él.)

Baila, baila, querido. Aprovechate porque voy a encerrarte en el armario ¿Por qué? Pues porque estoy harta de que me mires, de que me juzgues. En cierto sentido, te pareces a la Portera. Siempre observándome. Pero por lo menos ella dice lo que piensa.

PORTERA

Yo soy clara. Yo digo lo que pienso. Yo sé de qué pie cojea cada vecino de esta casa. Y la del segundo derecha es una puta y una borrachuza indecente, eso es lo que es. ¡Más agarrada la tía! Nunca me largó un cuarto.

AURORA

Él también. Él también me dirá lo que piensa. Me hablará con su lengua, sus ojos se moverán, apreciará mi peinado, mi vestido, me dará su mano, que tendrá el calor de una mano. Aunque sólo sea eso, darme la mano, y yo ofrecerle la mía: un segundo de éxtasis.

(AURORA se abraza al MANIQUI. Se entristece un poco, pero termina por meterlo en el armario, se quita el cinturón y lo cuelga. Grandes complicaciones que den efecto cómico.)

¡Qué silencio! La fachada de enfrente está más oscura. ¡Qué soledad! A estas horas la Portera habrá encendido su estufa y estará hecha un ovillo leyendo el periódico, absorbida en la sección de sucesos. Se habrá cansado de mirar quién entra, quién sale. Seguro que no reparará en él. No le preguntará: ¿A dónde va? ¿A quién quiere ver?

(El joven entra y queda parado en el proscenio de espaldas al público. No se moverá de este lugar.)

PORTERA

¿A dónde va? ¿A quién quiere ver?

AURORA

¡Ah! ¡Es él!

PORTERA

¿Adónde va?

AURORA

¡Y lo ha visto!

PORTERA

¿A quién quiere ver?

AURORA

¡La maldita! He escuchado su voz, su asquerosa voz. Pero él no responde. Es orgulloso. No quiere dar razón de sus actos a una vulgar Portera, gorda y negra.

(Suena un timbre.)

Pase, pase, por favor, está usted en su casa. ¿Que si es éste el piso? Oh, claro. Disculpe a la Portera. Me odia por mi distinción, por mi delgadez, ¿sabe? Pero dejemos eso. Mire, esta es la salita. Muy mona, ¿verdad? Luego hay dos dormitorios, baño y cocina. ¿Qué le parece?

Vamos, siéntese, le repito que está usted en su casa. ¿No quiere usted tomar algo? ¿Coñac? ¿Whisky? No, no es molestia. Insisto, póngase cómodo. No sea ceremonioso, tenga confianza.

(Da vueltas en torno a él, lo mira, le sirve una copa, se sirve ella, acosa al joven, le toca, mira hacia el armario.)

De modo que piensa vivir solo, aquí. Ah, la soledad no es aconsejable, no, señor mío, no lo es. Le hago... le hago esta confidencia porque me cae usted simpático. Voy a llamarte de tú. Mi nombre es Aurora. ¿Tu nombre? ¡Ya!, Pedro, Raúl, Fernando, encantada, encantadísima. Eres muy atractivo. ¿No te lo han dicho nunca? Oh, no te pongas colorado. Qué encantador, ponerse colorado. No, no tengas tanta prisa. ¿El alquiler? Nada, te parecerá barato, todo de acuerdo con tus posibilidades. Pero te hablaba de que no te conviene vivir tan solo. ¿Y dices que tienes novia? Oh, ya. Novia, esa cosa que se lleva al cine y a la cafetería y que luego se pone ñoña. Será una de esas pequeñas tiranas, tu novia. Tendrás que pagarle todo, hasta el billete del metro. Rompe con ella. Nunca fui partidaria de esas relaciones anodinas. Pero te comprendo, es necesario tener a alguien con quien hablar, alguien a quien amar. Pero ya te digo, no una institución, no esa peste de las novias. Y mientras, ¿dónde vives? ¿En una pensión? No me extraña que quieras mudarte. Las pensiones son horribles. Huelen a coles y hay cucarachas. No, no me digas que no. Las conozco. Estuve en una. La señora que la regía me robaba la ropa interior. Se surtía de mis sujetadores, de mis bragas. Recuerdo que me quitó un sostén rosa. Oh, has vuelto a ruborizarte, qué cielo. Te llamo de tú porque eres tanjoven. Seguramente eres estudiante. ¿Licenciado? Ah, vaya. Darás clases, supongo. Yo también di clases una vez, pero tuve que dejarlas, hubo jaleos con la Portera. Es una mujer muy grosera. Me odia porque soy delgada. ¿Te lo he dicho? Me critica.

PORTERA

Está hecha una espátula. No come, claro. Todo se lo gasta en bebida. Adiós, doña Asunción, sí: lo decía de la del segundo. Me parece que tiene visita. Más le valiera que limpiara un poco más el piso, que yo un día subí, con los del gas, y lo vi hecho un asco. ¡Hasta telarañas hay! ¿Sabe que lleva ya más de tres meses sin pagar? Lo justo para que la echen.

AURORA

Me critica por eso, y porque no la soborno, y es que yo soy honesta, yo no tengo por qué sobornar a nadie. Pero las porteras piden soborno, soborno, y si no, ¡al garrote vil con los vecinos! No paran hasta verlos a todos con la cabeza tronchada si es que no las han sobornado. Las porteras, focos de infección de todas las casas. Pero dejemos eso. Tú tampoco tendrás necesidad de recurrir al soborno porque eres íntegro. Eso se ve en tu hermosa planta, en tu modo gallardo de andar y de mirar. Sabes lo que quieres. Buscas tu independencia, tu rincón, tu lugar en el mundo, eso a lo que todos tenemos derecho, eso por lo que hay que luchar. Tu lugar en el mundo. Uno lo paga como sea. A plazos, empeñándose, arañando, pero lo paga. Tú has tenido suerte, lo has obtenido por bien poco. Lo vas a obtener por bien poco. Por algo de amor ¿Sí? Ah, no te pongas nervioso, leo en tu mirada que te gusto. Tú también me gustas. Te prefiero al otro. Vaya, ya me colé. Pero, no, no hubo nada, no hay nada en realidad. Era, es impotente, sí, como lo oyes, impotente. Y tú no lo eres, lo sé. Él, él solamente me daba algo de compañía, pero nada, nada más. A pesar de que le hacía regalos valiosísimos. Pero el dinero, cuando una está sola ¿para qué sirve?, ¿para quién levantarse, para quién acostarse, para quién peinarse, para quién pintarse?, ¿para las piedras?, ¿para las farolas? Eso le decía yo, y él, nada, callado. Por eso terminamos. Pero he vuelto a estar sola. Y pienso que no es lo mismo mirar esa calle y esa fachada con alguien al lado. Estoy segura de que se iluminarán, dejarán de ser tan grises. ¿Sabes? Una vez me echaron de casa. Yo era algo así como la vergüenza de la familia. No me querían entre ellos. De eso hace ya mucho, mucho tiempo. Y entonces pude saborear mi libertad. Pero ahora estoy harta, ¡harta! y todo lo que deseo es algo de paz con... con alguien. Por eso, Pedro, Raúl, o quien quiera que seas, te pido que te quedes... conmigo... no te cobraré nada... por el piso... y viviremos... juntos... siempre...

(Mientras AURORA ha estado hablando, la puerta del armario se ha abierto. El MANIQUI se balancea y el joven retrocede hasta desaparecer. El MANIQUI cae y AURORA se vuelve asustada.)

¡Pedro! ¿Raúl? Se ha ido... Se ha ido...

PORTERA

¿De dónde viene, joven? Del segundo derecha, ¿no? Lo suponía. *(Ríe de un modo diabólico.)*

AURORA

... Se ha ido. *(Sacude el MANIQUI, histérica.)* Y todo por tu culpa, ¡monstruo! Tú lo has echado, tú, muñeco asqueroso. Así me pagas lo que he hecho por ti, lo que he sufrido por tu silencio. ¡Y qué manera de romper este silencio! Has caído como un fardo. Bah, ¿qué podía esperarse de ti? No te conocí en la calle, ni en la playa, ni te encontré en casa. Te compré en unos viejos almacenes con no sé qué pretexto. Pero recuerdo al dependiente, y cómo le odié cuando le oí gritar: ¡Eh, un consolador para la señora! Y entonces pensé que tú serías la mejor de las personas. La única que no me haría sufrir.

(AURORA desvía los ojos del MANIQUI, mira al vacío, amarga y a la vez exaltada.) Pero, Dios mío, ¿dónde, dónde, de una maldita vez, estará mi mundo? ¿En qué ciudad? ¿En qué calle? ¿En qué casa?

(Susurrando.)

¿Dónde estará mi habitación ideal, esa des-de la que al atardecer se oye un piano y voces lejanas de niños que juegan?

¿Y dónde estará mi gente, dónde mis amigos? ¿Dónde mi amante de carne y hueso, dónde mi familia?

(Notas musicales.)

Y aquella chica a la que todos miraban. La que reventaba de guapa. La que parecía que se iba a comer el mundo, ¿dónde está?

(El panorama urbano se desplaza hacia el fondo del escenario. Un traje rojo de mujer cuelga del armario abierto. Suena una extraña música. La PEQUEÑA cruza la escena. Su vestido está sucio, sus cabellos despeinados. Es una cenicienta de malos instintos, sin amor de nadie ni para nadie.)

PEQUEÑA

(Le grita a alguien fuera de escena.) ¡Su vestido blanco! ¡Su vestido blanco! Pues no estaba guapa a pesar de su vestido blanco. Aurora es más guapa, mucho más guapa. ¡Cómo me gustaría ser como Aurora! Usar esos vestidos rojos, pintarme los ojos como una diablesa, andar como anda...

AURORA

(Se vuelve como en un sueño, a través de la bruma.)

¡Pequeña! Oh, la Pequeña. No sabía que estuvieras ahí.

PEQUEÑA

Aurora es la más hermosa, es como... como una flor encendida flotando en el mar helado.

AURORA

Pequeña, Pequeñita. Tú sí que eras hermosa, más hermosa que yo. Con tus pelos tiesos y tus ojillos de rata sabia. La única que siempre me defendió.

(Se dirige al armario y comienza a vestirse el traje rojo.)

¿Dónde estarás ahora? Pobre Pequeña, sumergida en el mundo de las criadas, destinadas a la más triste de las vidas. Pero todo aquello quedó atrás. Mi mundo quedó atrás. Un mundo que en realidad no existió nunca. Como no existieron mis padres, ni Rob, ni Ando, ni nadie. Nadie. ¡Oh! Es tan horrible estar sola. Es como estar muerta. La vida todo lo cambia, todo lo hace gris. A veces pienso en mi familia, la familia. ¡Qué prisa por dejarla atrás, por olvidarla! Y me digo: ¿por qué a todos nos ocurre lo mismo? Y hay que darse prisa. Conviene aprenderlo todo en seguida, ¿sabes? Hay una época en nuestra vida en que nos emocionamos ante un cambio. Otra ciudad, otras gentes, tal vez fiestas, aventuras, el amor... Y luego nada. Nada. La mayoría de las veces la vida no es nada. *(Grita.)* ¡Aurora! ¡Aurora! ¿Dónde estás? ¿Dónde están tus raíces, tu gente, tú misma? ¿Volverás algún día? No me gusta este vestido. No me gusta a mí misma. Quisiera volver a ser yo otra vez. Regresar. Regresar a mi casa. Regresar a mi familia.

PEQUEÑA

Una familia es algo extraño: algo terrible. Al menos, yo lo veo así. Aunque tal vez sea porque soy la pequeña, la oveja negra, la cenicienta orgullosa, un trasto olvidado

en los rincones.

(Los miembros de la familia van saliendo desde las sombras y se colocan como en una vieja fotografía.)

Todos tienen muy mala opinión de mí. La abuela asegura que seguiré los pasos de Aurora. Todos quieren verla desaparecer, menos yo. Aurora es la vergüenza. Aurora es mi hermana mayor. Una vez llegó a las seis de la madrugada. Cantando. Desde entonces la admiro. Y observo cómo anda por el paseo de la plaza, toda vestida de rojo y el aire ausente. Por eso todos le tienen manía y quieren que se vaya. *(Coloquial.)* Todos quieren echarte. Hasta Berta quiere perderte de vista.

Berta es la criada. La odio.

Lo ordena todo, lo limpia todo, lo destruye todo. Menos las telarañas. Con éstas no puede. Ella dice que el orden terminará por llegar a esta casa. ¡El orden! De noche husmea en el cuarto de Aurora y tira los cigarrillos a la basura. Yo los recojo y me los fumo en el desván. *(Enciende un pitillo.)* ¡El orden! Gabriel, el mayor, era el orden. Pero se casó y ya no está. Ya no existe el orden. Esta casa es un navío anclado en el fondo de un mar seco. A veces se llena de ecos estridentes, como hoy, y Aurora llora, llora con sus ojos pintados, Rob y Ando cuchichean, y papá sueña o muere. Rob y Ando son mis hermanos. A Rob y Ando apenas se les siente. Son como dos sombras que viven aparte. Ando es como un niño. Pero Rob no es un niño, es algo más. Yo lo sé cuando miro sus ojos lluviosos que nunca me ven, como si la pequeña hermanita no existiera. Y luego está papá. Pero papá tampoco existe. Y mamá. Mamá se marchó hace ya muchos años. Por eso la llamamos por su nombre: Eva.

(EVA canturrea. Viste salto de cama con cuello a modo de boa. Lo arroja y se contempla en un espejo de cuerpo completo.)

Quien tampoco está es Eduardo. Eduardo no es nuestro hermano. Es como un viento nocturno que llega cuando nadie se lo espera y al que todos esperan. Un día un huracán violento traerá a Eduardo. Y sucederá algo terrible. *(Recoge el salto de cama de EVA y empieza a arrugarlo complacida. EVA desaparece.)* A mí me gustaría que viniera a buscar a Aurora. Así yo podría irme con ellos. ¡Aurora y yo juntas por ahí!, eso sí que me gustaría. No creo que a Eduardo le importara. *(Pensativa.)* Claro que quién sabe lo que él quiere... a quién quiere.

(Tira el salto de cama.) ¡Ah, qué harta estoy de hacer maldades pequeñas! Me aburre cambiar el azúcar por la sal o esconder las cosas por la casa. Me gustaría... Sí, me gustaría organizar algo gordo. Como las cosas que hacen las heroínas en mis libros de literatura: Medea, Electra... Ésas sí que son malas. Ésas sí que sabían vengarse. ¡Y vaya cómo intrigaban las tías! Lo sabían todo y para todo tenían contestación. ¡Qué gozada! ¡Aquellas sí que eran intrigas! ¡Vaya número! Y lo descansadas que se quedarían después. Porque, digo yo, al final ya no tendrían la obligación de seguir haciendo maldades, y entonces, ¡qué paz! En cambio, a mí, qué largo camino me queda por recorrer... *(Se arrodilla junto a la bata y la contempla dubitativa. Arranca unas plumas de la boa.)* Ojalá sea la más cara y le dé un ataque de rabia.

BERTA

(Limpiando.)

¡Qué desorden, Dios mío! No hay quien pueda con las telarañas. ¡Qué casa ésta! Ceniceros, ceniceros, ¡estoy harta de vaciarlos! Claro que siempre es mejor que encontrarse las colillas por el suelo. Menos mal que esto no puede durar. No, las

cosas no duran siempre. Tiene que haber algún cambio. Algo, no sé. Porque si no... si no, yo me marchaba. Claro que ¿adónde? Bueno, no importa. Seguiré. Es mi oficio. No debo meterme en sus vidas. No debo meterme en nada. Yo soy la criada. La criada. Aunque por dentro, Señor, ¡me queman! Y me dan pena. Y me dan horror. Ellos son... los dueños. Los únicos dueños. Pero algún día todo cambiará. Tal vez muy pronto. (*Percatándose de la PEQUEÑA.*) ¿Qué haces tú ahí, tirada en el suelo?

PEQUEÑA

¡Hago lo que me da la gana!

BERTA

Sí, en esta casa todo el mundo hace lo que le da la gana, ¡y así andamos!

PEQUEÑA

¿Y a ti qué te importa? Tú no eres de esta casa.

BERTA

¡Pertenezco a esta casa más que tú! He conocido al señor, a quien no me atrevo a llamar tu padre, en otros tiempos, muy distintos a los de ahora.

PEQUEÑA

Hablas como en un serial. (*Con burla.*) «Pertenezco a esta casa más que tú».

BERTA

¡Triste boda! Ningún invitado. Ni siquiera flores. Sólo su vestido blanco.

PEQUEÑA

¡Su vestido blanco! ¡Su vestido blanco! Pues no estaba guapa a pesar de su vestido blanco. Aurora es más guapa, mucho más guapa.

BERTA

¡Aurora! ¡Valiente ejemplo! ¡A ver si se larga de una vez!

PEQUEÑA

¡Pues a mí me gustaría ser como Aurora! Usar esos vestidos rojos, pintarme los ojos como una diablesa, andar como anda...

BERTA

Esta casa respira locura.

PEQUEÑA

Eduardo no vino.

BERTA

No, no vino.

PEQUEÑA

A mí no me ha importado. Pero a los demás les ha afectado mucho.

BERTA

Sobre todo a Aurora. Una esperanza menos de que se la lleve. Pero ¡ca!, ése busca otra cosa...

PEQUEÑA

No sólo a Aurora, también a Rob. ¡Qué bello es Rob! ¿Verdad? Tan rubio, tan frío, como un topacio. Y hoy le esperaba. Y llovía aún más en sus ojos. Pero no vino. Y no podrá escapar. Me alegro que sufra. También yo sufro porque soy la más fea.

BERTA

Cuando crezcas, cambiarás.

PEQUEÑA

¿Tú crees?

BERTA

Siempre pasa así.

PEQUEÑA

Creceré. Y entonces podré parecerme a Aurora.

BERTA

¡Para eso es mejor que no crezcas! (*Sale.*)

PEQUEÑA

¡Creceré y entonces te enseñaré a no hablarme de ese modo!

ROB

(*Se adelanta desde el grupo familiar.*)

Todos saben que he nacido con una señal. La familia lo sabe y se lo oculta a sí misma. Yo lo descubrí un día, cuando me miré al espejo tanto, tanto tiempo que un mareo extraño se apoderó de mí. Entonces vi la señal en mi frente, pequeña y brillante como una estrellita negra. Me aproximé a la ventana y vi a mi hermano mayor caminando bajo el sol. Yo pensé que debería envidiarle. Tan fuerte, tan seguro. Pero le desprecio. La Pequeña me espiaba desde un alero del tejado. Fue un día muy extraño. Desde entonces, nadie sabe qué es lo que espero. Desde entonces me estudio en los espejos. Sé que sólo debo hacer caso de mi imagen. Sumergirme en superficies puras, pobladas de estrellas ahogadas. En otros ojos. Y esperar. Nadie sabe lo que espero. Por siglos, eternidades. Para que me saque de aquí, para que me lleve hasta esa Ciudad del Norte.

Y nadie lo sabe. Cada cual interpreta la señal de un modo distinto. La abuela mueve la cabeza cuando me encuentra y me invita a que me acerque. Pero yo huyo. Odio la vejez y la muerte. Aurora me acosa a veces con sus ojos cargados de noche. La puta. Quiero que se vaya. Sola. Y papá no existe. Es un vacío. Un gran vacío en todo mi ser.

Por eso necesito marcharme de aquí. Lo difícil es dar el primer paso, arrancar, salir de esta modorra, escaparse de las páginas muertas de los libros. Pero necesito a

alguien que me empuje, que me enseñe a respirar al aire libre, sin asfixias. Y a no flaquear. A ratos, cuando la espera es demasiado larga, intento llorar en mi mundo de arriba. Y encuentro mi tristeza injusta, como un raro astro, y grito para que vengan y me saquen de aquí.

Pero cuando llegan, no me acerco. No me atrevo a acercarme. Un miedo súbito, las manos de Eva, los ojos de Aurora, la Pequeña rastrera, todo, todo me detiene.

Tal vez, cuando esté lejos y piense en la familia, quizá sienta algo de amor por ella. Algún día puede que me despierte encogido de frío en el portal. Y me acordaré de mi cama y de los desayunos que prepara Berta. Pero no me importará, porque seré libre. O puede que me despierte en un gran hotel y que pida el desayuno por teléfono. *(Como ordenándolo.)* A ver, habitación 304. Así es la vida. En los libros. En la realidad. Unas veces se pasa mal y otras bien.

ANDO

¡Rob! Tengo miedo, Rob. Sube conmigo.

ROB

Déjame solo. Si tienes miedo, abrázate a la almohada.

ANDO

Me da miedo de la luna. Está enfrente de la ventana.

ROB

¿Y qué? Tienes que acostumbrarte a la luna. Mírala. ¿La ves?

ANDO

¡No!, no quiero verla.

(Comienza a brillar la luz de la luna. En su luz se encuentra EVA.)

ROB

¿Por qué no quieres verla, hermanito?

ANDO

Es como ella.

ROB

¿Cómo quién?

ANDO

Como Eva. Eva es la luna. Cuando uno cree que se ha ido, vuelve a aparecer.

ROB

(Se ríe. Luego serio.) Te comprendo. Es como Eva. Nuestra madre. Pero, no. Es un astro. Ambas son un astro. Todos somos astros que giramos sin sentido.

(Aparece AURORA, con una copa y un cigarrillo. Es mucho más joven que en la parte precedente. Bosteza y mira a ROB y ANDO que han quedado en silencio contemplándola. Viste de rojo.)

AURORA

¿Qué silencio! ¿He interrumpido algo?

BERTA

(Desde la esquina, con una plancha en la mano.)

Ya decía yo. Justamente la señora me dijo que le planchara ese vestido y ¡mírenlo dónde está!

AURORA

(Suelta una carcajada. No hace caso de BERTA. Avanza hacia ROB y le acaricia la cara. ANDO la observa como hipnotizado. ROB se deja acariciar y echa el pelo para atrás. Sospecha algo de AURORA, quiere sacarle información.) Hermanito, ¿qué guapo eres, hermanito!

ROB

¿Dónde estuviste? ¿Tenías alguna cita?

AURORA

Yo siempre tengo alguna cita, hermanito.

ROB

¿Con quién?

AURORA

¿Sabes lo que es un beso, Rob? Un beso... ¿Por qué no se te marcan los labios para siempre con un beso así? *(Le besa en la boca. ROB se limpia con el revés de la mano.)*

ROB

¿Con quién has salido? ¿Quién te besó?

AURORA

¿Y a ti qué te importa, si puede saberse?

ROB

¿A mí? Lo único que me importa es estar lejos de esta casa. Y de ti. Lo que pasa es que no sé cómo.

ANDO

(Enojado, tira de la mano de ROB.) ¡Déjala! ¡No hables con ella!

AURORA

Ya salió el pequeño monstruo. Ando, Andito, ¿no sabes que en la luna hay alguien que te espera? ¡Uuuu! ¿Que desde las nubes en que vives es muy fácil llegar a la luna? Un salto y ya está. *(Ríe.)*

ROB

Di, ¿a quién has visto?

AURORA

Pero bueno, qué manía. Hasta tú me pides cuentas. Pues mira, he estado con... alguien. No te lo diré. ¿No acabas de decir que no te importaba?

BERTA

(Balanceando la plancha.) Señorita Aurora, ¡ay! señorita Aurora, si usted fuera tan amable y se quitara ese vestido. Tengo que plancharlo, de verdad. Me lo ha pedido la señora. Ande, sea buena y quíteselo.

AURORA

¡Qué pesadez! Más te valiera limpiar esas telarañas.

BERTA

Ande, por favor, que la señora me va a reñir. *(Maligna.)* ¿O quiere que la llame, para que la vea así?

AURORA

¡Llámalas! Anda, ve y llámala! ¿Y para qué quiere un vestido? ¿Si los hombres la van a mirar igual, con él o sin él? *(Sale.)*

BERTA

(Detrás de ella.) Ande, señorita Aurora, sea buena y déme el vestido.

PEQUEÑA

(Cruza la escena gritando.) ¡Tururú! Elisa. ¡Ha venido Elisa!
(La luna va invadiendo la escena.)

ANDO

¡Mírala, Rob! *(Solloza.)* ¡Mírala! *(Deja caer un objeto que rueda hasta los pies de ROB.)*

ROB

¿Qué es esto?

ANDO

¡Dámelo! ¡Es mío!

ROB

¡Un pisapapeles de cristal!

ANDO

¡Es mío!

ROB

Ahora ya no es de nadie. *(Arroja el objeto. Ruido de cristales rotos. ANDO sale corriendo. Entra ELISA.)*

ELISA

¡Rob!

¿Qué quieres? ROB

He venido a verte. ELISA

¿Qué quieres? ROB

¿Podrías escucharme un momento? ELISA

Sí, ¿qué quieres? ROB

Tu... tu cuaderno de geografía. ELISA

¿Lo quieres ahora? ROB

Sí, si no te molesta. ELISA

Un momento. *(Sale y vuelve con el cuaderno y se lo entrega a ELISA. Ésta lo abre. Sale una extraña luz del cuaderno. Suena una música lejana.)* ROB

¡Qué mapas tan extraños! ELISA

Son planos de ciudades. ROB

¿De qué ciudades? ELISA

Ciudades del Norte. ROB

¿Te gustaría ir al Norte? ELISA

Voy a ir pronto. ROB

¿De verdad? ¿Dejarás la ciudad? ELISA

ROB

Sí, la dejaré.

ELISA

¿Y a tu familia?

ROB

Y a mi familia también. *(ELISA llora.)*

PEQUEÑA

¿Lo ves, Aurora? ¿Ves como no es el cuaderno lo que quería? *(ELISA se seca las lágrimas.)*

ELISA

A lo mejor te he molestado.

ROB

No tiene importancia.

ELISA

¡Qué extraño eres! En el Instituto dijeron...

ROB

¿Qué dijeron?

ELISA

No tiene importancia.

ROB

Me es igual. Me dan asco.

ELISA

¿Quieres saber lo que dijeron?

ROB

No.

ELISA

¡Qué extraño eres!

ROB

¿Por qué soy extraño? ¿Porque quiero ir al Norte? Allí. Tras las montañas, tras los ríos está la Ciudad. Mi ciudad.

(Del cuaderno caen pequeñas láminas coloreadas.)

Mira, estos dibujos los hice yo.

ELISA

¡Qué bonitos son! ¿Qué representan?

ROB

Lo que tú quieras. ¿Qué ves aquí?

ELISA

¿Aquí? No sé.

ROB

Un árbol.

ELISA

Uy, sí. Es un árbol. Y éste. ¿Qué hay aquí?

ROB

Es un río. ¿Y esto?

ELISA

Un coche.

(Van mostrándose cartulinas cada vez más rápido.)

ROB

Una puerta.

ELISA

Estrella.

ROB

Diamante.

ELISA

Fuego.

ROB

Una plaza. Una plaza a la que dan cuatro calles. Yo he de seguir una de las cuatro. Y nunca sabré lo que me esperaba en las otras tres.

ELISA

Esto es una escoba.

ROB

Una escoba. Nos vendría bien para barrer las telarañas que hay en esta casa. ¿Te has dado cuenta de la de telarañas que hay en esta casa? La abuela dice que son nuestros pensamientos, que todos somos unos guarros, sobre todo Aurora y que adonde quiera que ella vaya, las telarañas irán con ella.

Voy a guardar todo esto. Dame esas cartulinas.

ELISA

Rob, yo quisiera ayudarte.

ROB

¿Ayudarme a qué?

ELISA

No sé. Estás tan solo.

ROB

¿Tú crees que estoy solo?

ELISA

¿No es así?

ROB

No. Me tengo a mí.

ELISA

No te comprendo. (*Llora.*)

ROB

¿Por qué lloras?

ELISA

Porque te quiero. ¿Tú me quieres, Rob?

ROB

No, Elisa.

ELISA

Podemos salir, tratarnos más a fondo...

ROB

Yo no puedo quererte, Elisa. No soy como los demás.

ELISA

¡Sí, sí que lo eres! Todos somos iguales. Pero tú quieres hacerte el interesante. Y lo que a ti te pasa es algo vulgar y rastrero. Y tú quieres ocultarlo con bonitas palabras. Eso es. Y es cierto lo que dicen de ti.

ROB

Adiós, Elisa.

ELISA

Oh, perdóname. No quise ofenderte.

ROB

No me has ofendido.

ELISA

¡Sí, te he ofendido! ¡No mientas! ¡No sigas mintiéndote a ti mismo! Te quiero, Rob. Mira en mis ojos este amor. Mírame. Adoro tus ojos. Y tu aliento. Y tu boca.

ROB

¡Déjame en paz!

ELISA

¡Nunca más! ¡Me oyes! ¡Nunca más! ¿Te he dicho que te quiero? ¡Pues es mentira!
¡Te odio! ¡Nunca más! ¡Te odio! ¡Vete a tu Ciudad del Norte! ¡Vete a ella, maricón!
(Sale.)

ABUELA

¡Vaya educación! ¡Valientes modales! ¿Qué ha pasado?

PEQUEÑA

Rob ha tenido una encantadora visita.

ROB

¡Cállate!

PEQUEÑA

La dulce Elisa, la deliciosa señorita, mi turbadora amiga.

ROB

¡He dicho que te calles!

PEQUEÑA

Quería que Rob le prestara unos cuadernos. ¡Qué pretexto tan absurdo!

ROB

¿Te callarás de una vez, arpía?

ABUELA

¡Silencio los dos! ¡Basta ya! ¡Me avergüenzo de vosotros! ¡Habrás visto! ¿Y Berta?
¿Dónde está Berta? ¡Valiente guarra! A ver si limpia de una vez esas telarañas. ¡Qué
harta estoy! ¡A veces quisiera desaparecer! Vamos a lo que importa. Ayer he echado
de menos una de mis joyas.

PEQUEÑA

No hay que preocuparse: sería falsa.

ABUELA

No, no. Ésta no es falsa. Es un precioso rubí. Y quisiera saber qué ha sido de él.

PEQUEÑA

Pon un anuncio en el periódico local, abuela.

ABUELA

No. Tendría que ser en el periódico familiar. En el periódico que se editara en esta
casa y que contara las cosas que aquí ocurren.

PEQUEÑA

¡Ah!, pues sería muy interesante.

ABUELA

¡Quiero mi rubí!

PEQUEÑA

¡Y a mí qué me dices! ¿Crees que lo he robado yo? Por mí puedes poner todas tus joyas encima de la mesa que no las tocaré.

ABUELA

¡Deslenguada! ¡Me avergüenzo de ti! ¡Ay, Dios mío, qué cruz! ¡Fuerzas, fuerzas debe darme el Señor para soportarlo!
(*Entra ANDO con una caja de madera.*)

PEQUEÑA

Reza, reza, abuela. A tu edad es lo mejor que puedes hacer. Rezar.

ABUELA

Sí, rezar. A mi edad lo único que puedo pedir es que me dejen en paz, en mi silla de sufrimiento, que no me hagan maldecirlos – ¡Jesús, perdón! – porque voy a morir pronto y no quiero condenarme. ¡Pero esta familia es una cruz! ¡Una pesada cruz que no me deja levantar la cabeza! ¡Desgraciados! No saben el infierno que les espera. ¡Pequeños anormales! Porque cada uno lleva en la frente un pecado enorme, inmenso, imperdonable. Como un rubí ensangrentado. ¡Y quiero mi rubí ahora mismo! Seguro que ha sido ella, Aurora, esa sinvergüenza. ¡Así se muera!
(*Agarrándose el pecho.*) ¡Ay! ¡Qué dolor! Siento un dolor que comienza a crecer. No, no es un dolor. Un mal. Es un mal. Pero he de perdonarles, Señor, porque mi muerte está al otro lado, pero cerca. Mi muerte crece dentro de mis ropas, dentro de mi ser, y me abraza y me ahoga. Y yo no quiero condenarme. No, no quiero. Por eso he de perdonarles.

ROB

(*Para sí mismo.*) ¡Qué horrible es la vejez!

PEQUEÑA

(*A ANDO.*)

¿Qué llevas en esa caja?

ANDO

¡No te importa! ¡Es mío!

PEQUEÑA

¡Quiero verlo!

ANDO

¡No!

(*La caja cae al suelo y se desparraman los objetos.*)

PEQUEÑA

¡He aquí el tesoro oculto!

ANDO

¡Dámelo! ¡Dámelo! ¡Es mío!

PEQUEÑA

¡Aquí está el ladrón! ¡El rubí de la abuela!

ROB

Tengo que salir de aquí. Tengo que salir de aquí. No lo soporto.

ANDO

¡Dámelo!

PEQUEÑA

¡Abuela! ¡Mira, abuela! ¡Tu rubí! ¡Lo tenía Ando!

ANDO

¡Dámelo! ¡Es mío! ¡Rob, díles que me lo den!

ABUELA

¡Vamos! ¡Devuélvemelo! ¡Y tú, deja de gimotear! Sois como avispas malignas revoloteando alrededor de mis cosas.

ANDO

Oh, Rob, me lo han quitado. Ya no tengo nada, nada. Sólo la luna.

PEQUEÑA

No te lo daré.

ABUELA

¡Dámelo! ¡Te lo ordeno!

ROB

¡Oh, dáselo y acabemos de una vez!

ABUELA

¡Te digo que me lo des!

PEQUEÑA

¡Pues ven a por él! ¡Anda, salta de tu silla y quítamelo! Anda, abuela, abuelona, salta, salta.

ABUELA

¡Qué horrible eres!

PEQUEÑA

¡Tú sí que eres horrible! Abuela, abuelona. Un día te quemarás en tu silla de ruedas. Cogeré la caja de cerillas de la cocina (*enciende una cerilla*) y arderás, arderás toda.

ABUELA

(*Sale corriendo en la silla.*) ¡Ahhh!

PEQUEÑA

(Corriendo detrás.) ¡Grita! ¡Grita!

ROB

(Da un grito.)

ANDO

(Recogiendo sus objetos del suelo.) Ya no tengo nada. ¡Nada! Han roto mi mundo de objetos. Y ya no quiero nada. *(Tira y pisotea todo.)* Todo, todo está sucio. Sólo la luna.

ROB

¡Vamos, Ando! No son más que baratijas. Y ya te he dicho que la luna es sólo un astro.

ANDO

No, no. Ya no tengo miedo de la luna. Ya nunca más. La luna. Solamente tengo la luna. Sé dónde me espera. Está de noche debajo del puente.

ROB

Sí, sí... pero ahora debemos irnos.

ANDO

En el lugar más hondo del río. Y yo la pisaré. Y cuando desaparezca, el reflejo de la luna me tragará. *(Salen.)*

(AURORA avanza sola por el escenario vacío.)

AURORA

(Avanza.)

En realidad, a mí la familia no me interesó nunca. Quiero decir, que yo he vivido siempre al margen y apenas hablo en casa, excepto con la Pequeña y es porque ella me envidia. Y a mí me gusta que me envidien. Aunque a veces se me haga molesta toda esta envidia y todo este odio. De todos los modos, creo que la familia está dentro de mí. Y allá donde yo vaya, allí estará: la frialdad de Eva, el sueño de papá, el orgullo de Gabriel, la irrealidad de Rob, la maldad de la Pequeña. De la abuela no hablo porque es muy vieja. Y de Ando porque existe tan poco...

Nadie habla conmigo en la ciudad. Pero me miran. ¡Vaya cómo me miran! A mí me gusta que me miren, porque una mirada es más que una palabra. Por eso, cuando llega el verano, me paseo con estos vestidos que son como un latigazo, como flores tropicales. Me gusta caminar por las calles y entrar en las tabernas, o, abierta de piernas, echarme para atrás y mirar las agujas de la catedral. Tal vez entre y sienta deseos de ser un ángel y volar por las oscuras bóvedas. Pero nadie creería en un ángel con semejante facha. Así que me voy por los caminos del río y me tiendo al sol.

¡Ah! Amo el sol y amo la noche.

Elijo a mi amante, que nunca es el mismo y siempre es el mismo. Porque estoy eternamente encelada, como una gata, porque estoy día a día enamorada. Y él no ha venido.

No, él no ha venido. PEQUEÑA

¿Quién? AURORA

Él, Eduardo. PEQUEÑA

¿Y qué me importa a mí Eduardo? AURORA

Pero tú quieres a Eduardo. PEQUEÑA

¡Ja! ¿Qué sabes tú de amor? AURORA

Yo sólo sé lo que veo. PEQUEÑA

Y ¿qué has visto tú? AURORA

Yo te vi con él. Os estuve espiando. Él juraba llevarte lejos, muy lejos. PEQUEÑA

¡Cochina! AURORA

Pero él dice lo mismo a todas. Incluso a Rob. PEQUEÑA

¡Cállate! AURORA

¡Y a esos muchachos que le siguen y roban los colgantes de las lámparas! PEQUEÑA

¡Que te calles! AURORA

¡Pobre Aurora! A ti no te llevará nunca. Nunca. PEQUEÑA

¡Bicho de mierda! Me sacará de aquí, de este pozo. Ya me habría ido de no ser por él. Pero él vendrá algún día y nos iremos juntos. Para siempre, ¿lo oyes? ¡Para siempre! AURORA

PEQUEÑA

Eduardo está aquí.

AURORA

¿Qué has dicho?

PEQUEÑA

Que Eduardo está aquí.

AURORA

¿Cómo lo sabes?

PEQUEÑA

Lo sé.

AURORA

Vamos, ¡habla!

PEQUEÑA

He visto su coche rojo en la plaza.

AURORA

¿Estás segura?

PEQUEÑA

Sí, estoy segura porque luego lo vi a él.

AURORA

¡Lo has visto!

PEQUEÑA

Sí, y vendrá esta noche.

AURORA

Ah, ¡qué feliz soy! ¡Cómo podré soportar esta felicidad!

PEQUEÑA

Pero Eduardo no viene a por ti.

AURORA

(No la escucha.) ¡Ha venido! ¡Ha venido a por mí! Dios mío, ¿cómo puedo aguantar esta felicidad? ¡Qué cosa tan extraña el ser feliz!
(Sale corriendo.)

PEQUEÑA

¡Espera! ¡Espérame! ¡Llévame contigo! No viene a por ti. No viene a por ti. *(Cae llorando.)* Viene a por Eva.

BERTA

¡Y tú qué sabes!

PEQUEÑA

¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Mierda! Mira esta carta. Estaba en el escritorio de Eva. (*Lee.*)
«Mi amor, estaré esperándote al amanecer. He venido a por ti. He venido a buscarte. He venido a llevarte conmigo. Eva, mi amor. Juntos huiremos a la locura. Juntos...»
Es mejor que no siga leyendo... *Electra*, acto III.
(*Luz sobre EVA, viso y un abrigo de piel sobre los hombros. Está de pie, rodeada de maletas. Una silla vacía de la que cuelga una chaqueta masculina, unos pantalones, ropa interior, todo viejo y arrugado.*)

EVA

¡Cómo me ahoga esta casa!

BERTA

¿Desea algo la señora?

EVA

Sí. Desempolva mis maletas.

BERTA

¡Desempolva mis maletas! La señora se va. Se va como los lobos. En silencio.

EVA

¡Cómo me ahoga! Pero ésta será mi última noche. ¿O crees que me iba a quedar aquí, toda mi vida, esperando la muerte? Estoy cansada de serte infiel, estoy cansada de tu cuerpo arruinado, de despreciarte. ¡Era tan joven cuando me casé contigo! E incluso entonces te despreciaba. Mis viajes repentinos han coincidido siempre con mis embarazos. (*Ríe.*) ¡Mis hijos! Pero ni siquiera son mis hijos. Ni tuyos. Sangre rastrera, sangre helada, sangre enloquecida o sangre de sol. Yo era una niña y tú eras fuerte, pero destruí tu fuego. Y ya no eres nada. Aquí no hay nada tuyo. Ni tus hijos. Que no me conocen. Que me buscan como gatos que han sido abandonados por la gata. (*Ríe.*) Por las noches sueño que me buscan, que me encuentran con sus manitas ansiosas, que persiguen a todos sus padres por todas las calles del mundo, por todos los caminos.

(*EDUARDO silba de lejos «Las tres Palomas».*)

Mi amante estará esperándome al amanecer. Y juntos huiremos a la locura. Mi amante es joven y hermoso. Mi amante lleva en sus ojos el reflejo de todos los amores. Mi amante me aguarda.

(*EVA se difumina en la oscuridad. Luz sobre ROB.*)

ROB

¡Al infierno todos! (*Tira libros y los rompe.*) ¡Qué hartos estoy de vosotros! Palabras, palabras, ideas, ideas, hojas, hojas secas, hojas podridas... Ya no os necesito. Todo lo que me habéis enseñado no vale nada. Sois como vampiros. Habéis sorbido mi vida entre vuestras sucias páginas.

(*No queda nadie. Escena vacía. Silencio. Entra ANDO, llamando...*)

ANDO

¡Rob! ¡Rob...! No queda nadie. Todos se han ido. Todos me olvidan. Estoy solo. Soy como uno de esos animales que no se atreven a salir nada más que en el verano. Pero yo no tendré nunca verano. Poseo tesoros ocultos: bolas de cristal, monedas

antiguas... Cuando es de noche y todos duermen, me deslizo a través de las habitaciones y regreso a mi cuarto con un nuevo objeto. Lo coloco junto con los otros y lo miro y lo acaricio ¿Qué otra cosa tengo? Nadie me quiere. El murmullo de la familia es como una suave tormenta sobre mi cabeza. De noche sueño que persigo a la luna por las calles que llegan al puente. Y la veo en el río. Y me llama. Y me sonrío. Yo quisiera cogerla. No sé cómo es. No sé si es buena o mala. No sé qué tiene detrás. ¡La luna! ¡Sólo sé que me espera en el fondo del río!
(*Un gran fulgor invade el escenario. Voces.*)

BERTA

¡Ando! ¡Andooo!

PEQUEÑA

¡Aurora! ¡Espera!

EDUARDO

(*Cantando.*)

Son mis amores tres
palomas sin palomar
volando van...

AURORA

(*Fuerte.*) ¡Eduardo!

ROB

(*Bajo.*) ¡Eduardo!

EVA

(*Ríe.*)

(*Oscuro. Cuando vuelve la luz, AURORA está sentada en el suelo de la habitación con el MANIQUI en sus brazos.*)

AURORA

Y entonces yo pensé que tú serías la mejor de las personas. La única que no me haría sufrir. Eduardo, Eduardo. (*Llora.*) Puedo comprender por qué lo has hecho. Estabas celoso. Me quieres todavía. Nos queda toda la vida para amarnos. Tú y yo. Solos. (*Ríe.*) ¡Pobre Eva! ¡Qué pronto se cansó de ti! Su amor duró justo lo que su dinero.

MANIQUI

(*Cobra vida, se levanta. A partir de ahora es EDUARDO.*)

Estoy mirando a la Portera. Pobre mujer. ¡Cuánto tarda en atravesar el patio! Parece como si siempre estuviera en el mismo sitio.

AURORA

Bueno, a mí no me es simpática. (*Mira.*) Parece un ave de mal agüero. (*Contempla la casa.*) ¡Qué bien se está en casa! Oh, lo pondré todo muy moderno. Aquí estará el

diván, junto a una pantalla. Al lado de la ventana, una mesita camilla. Haremos empapelar la pared. Una alfombra de esas de nudos, tan bonitas. ¡Ah!, y la estantería para tus libros. Empezaremos una vida nueva. Juntos... ¿Pero qué te pasa?

EDUARDO

Nada. Estaba pensando en lo dulce que es encontrarte al final de este largo viaje. Creí que no volvería a verte jamás.

AURORA

¡Mi amor! (*Se besan.*) ¡Ay! Lo pintaremos todo. Verás qué bonito va a quedar. Quisiera ponerme a limpiar ahora mismo.

EDUARDO

¡Déjalo, mujer! Ya tendremos tiempo. Ven, sentémonos aquí juntos. ¡Hum! Cómo arde tu cuerpo. Mi pequeña y terrible Aurora. ¿Sabes cómo es tu cuerpo? Es como una llama, como el movimiento repentino de una serpiente. ¡Aurora! ¡Aurora! (*La besa.*) Y ¿sabes cómo es tu boca? Tu boca es una herida abierta, una flor mancillada. (*La besa.*) ¿Y tus ojos? ¿Sabes cómo son tus ojos? Tus ojos hermosos, tus ojos cargados de tormenta. Pero lo más extraño son tus manos, la parte de tu cuerpo en donde el fuego se vuelve azul, pero que quema más todavía.

AURORA

(*Se ríe complacida y nerviosa. Mira a la habitación otra vez.*) Está todo tan sucio. ¿Ves esas telarañas?

EDUARDO

No, no las había visto. Las mujeres en seguida reparáis en esas cosas.

AURORA

¡Hum! Eduardo, ¡qué feliz me siento! Qué poco me importaría que me matases aquí ahora mismo. Todos, todos mis amantes no valían un soplo de tu aliento.

EDUARDO

¡Loca! ¡Cuánto me gusta tu amor! ¿Sabes por qué? Pues porque es un amor tan impuro, tan rojo, tan violento. Me hace sentir al mismo tiempo todos tus amantes. En tus labios están las huellas de sus besos. ¡Mi pequeña puta! ¡Cuánto amo tus labios llenos de besos dormidos!

AURORA

¡Huy! ¡Qué horror de telarañas! Yo juraría que no estaban aquí antes. Pero míralas. Están en las cuatro esquinas del techo. ¡Qué porquería!

EDUARDO

Oscurece tan pronto.

AURORA

(*Pausa.*) ¡Qué silencio! (*Pausa. Habla para sí misma.*) Heme aquí en mi límite. En mi última y primera aventura. Ay, mi amante es tan joven y hermoso como siempre. Lleva en sus ojos el reflejo de todos los amores.

EDUARDO

Llueve, parece que ha empezado a llover.

AURORA

Me está entrando sueño.

EDUARDO

Sólo son las seis de la tarde.

AURORA

Tendría que preparar algo para la cena.

EDUARDO

No tengo hambre.

AURORA

¿Por qué no quitas las telarañas? Cada vez que las miro, me parecen más grandes.

EDUARDO

Voy a quitarlas. (*Se levanta, se distrae y coge un pisapapeles.*) Mira qué pisapapeles tan bonito.

AURORA

Ay, no empieces tú también como Ando, jugando con todo. La cocina debe estar tan sucia que tendré que limpiarla. Pero antes hay que quitar las telarañas. Cogeré una escoba, y ¡zas!

EDUARDO

Yo te ayudaré. No te pongas nerviosa.

AURORA

¡Ah!, esas telarañas. Siempre me han dado asco las arañas. Es como cosa de tumbas. ¿Recuerdas? La abuela decía que eran nuestros pensamientos o ¿eran nuestros recuerdos? No sé. Pero ahora tal vez sean algo más. Las cosas son pensamientos; los pensamientos, cosas.

EDUARDO

(*Ríe y la besa.*) Estás nerviosa.

AURORA

Cada vez parecen más grandes. Mira cómo crecen.

EDUARDO

No seas absurda. Están igual que antes. Lo único que pasa es que imaginas cosas.

AURORA

Tienes razón. Hay que evitar pensar en tonterías. (*Mira hacia todas partes.*) Oh, Dios mío. Son cada vez más grandes. ¡Hay que quitarlas de una maldita vez!

EDUARDO

¿Y por qué no lo haces?

AURORA

¿Por qué no las quitas tú?

EDUARDO

Eso es cosa de mujeres.

AURORA

Tonterías. Creo que ya va siendo cosa de hombres. Mira cómo avanzan hacia nosotros.

EDUARDO

Disculpas. Lo que pasa es que no tienes ganas. No haces más que quejarte de esa porquería y no has sido capaz de traer ni una maldita escoba.

AURORA

No sé dónde están las escobas. Nunca lo he sabido. Soy una señorita educada y no puedo matarme a limpiar. Y tú no haces nada por ayudarme.

EDUARDO

Podríamos ir a un hotel.

AURORA

Sí, a un hotel. Yo de aquí no me muevo.

EDUARDO

Ya lo veo.

AURORA

(Grita.) ¡Tengo miedo! ¡Las telarañas me van a envolver! ¡Tengo miedo! Esto parece una pesadilla... No lo puedo soportar. *(Se frota las manos angustiada, como limpiándose de algo.)* No sé a quién pedir protección. Me encuentro... sí, sí, vieja y desvalida. *(Mira a su alrededor. EDUARDO ha quedado desvanecido para ella. ¿No existe?, ¿ha existido alguna vez?)* Pediría algo de fuerza. Por lo menos una pequeña victoria. Una compensación de vez en cuando. ¡Oh, esta soledad! Es como si hubiera llegado al futuro. ¡Un futuro sin historia!

EDUARDO

(Como volviendo a la realidad de AURORA.) Perdona, he sido muy brusco contigo. *(La abraza.)*

AURORA

(Se acurruca en sus brazos.) Así ya no tengo miedo.

EDUARDO

¿Estás más tranquila?

AURORA

Sí, querido. Me puse nerviosa, pero ahora estoy mejor. Ya no las miraré. A las telarañas. Cierro los ojos y me veo rodeada de mis cosas. Tú estás a mi lado. ¡Qué sueño más dulce me está entrando!

EDUARDO

Duerme. Duérmete en mis brazos.

AURORA

Oh, mécame. Mécame como a un niño pequeño. (*Canta.*)

Son mis amores tres
palomas sin palomar
volando van...

(*Gira y gira, llegando hasta el armario.*) Ay, Dios mío. ¡Cuántos trastos inútiles! Son como posos del pasado.

EDUARDO

Llenos de polvo.

AURORA

Y de olvido. Mira. Una piedra roja. Parece un rubí. ¡El rubí de la abuela!

EDUARDO

Yo diría que es un culo de vaso. Y mira esto. ¡Qué dibujos tan raros!

AURORA

¡Déjalos! (*Los tira al suelo con rabia.*) Son... eran de mi hermano Rob. ¡Pobre Rob! ¿Dónde estará ahora?

EDUARDO

(*Cogiendo una caja llena de objetos.*) ¡Qué de baratijas!

AURORA

¡Oh, los pequeños tesoros de Ando! ¿Pero cómo habrá venido a parar aquí todo esto? Es como si las cosas tuvieran poder y voluntad. Como si se movieran solas. (*Ríe nerviosa.*) Si las buscas, nunca aparecen y luego aparecen cuando menos lo esperas.

EDUARDO

Sí. Las cosas son eternas. Nosotros desapareceremos, pero ellas, no. Ellas seguirán y seguirán. Esta moneda vivirá más que nosotros. Perdida entre basuras, en el fondo de un cajón. Pero perdurará.

AURORA

Libros de oraciones. Son de la abuela. Era muy devota. «Novena a San Expedito, patrón de las causas perdidas».

EDUARDO

(*Cogiendo un rimerero de libros.*) ¡Mira! «Historia de la Virgen María, narrada por ella misma». (*Ríen los dos. Un papel cae del libro. AURORA lo recoge.*)

AURORA

Una carta. ¡Qué letra más rara! está casi borrada.

EDUARDO

¡Pero si es mía!

AURORA

(Leyendo.)

«Mi amor, estaré esperándote al amanecer. He venido a por ti. He venido a buscarte. He venido a llevarte conmigo. Eva, mi amor».

(Grita.)

(EDUARDO intenta calmarla. Corren. AURORA forcejea. EDUARDO se ha convertido en un MANIQUI. AURORA lo mira horrorizada. No puede comprender que sea sólo un MANIQUI.)

EDUARDO

¡Aurora!

AURORA

¡No, no! ¡Déjame! ¡No me toques! *(Grita.)* ¿Pero qué te pasa? ¡Muévete! *(Enredada con el MANIQUI.)* ¡Haz algo! Mira, te perdono porque has vuelto, porque la has dejado a ella. *(Ríe.)* ¡La has dejado! *(Retrocede y cae al suelo con el MANIQUI. Las telarañas avanzan.)* No permitas que acaben conmigo. *(Intenta levantarse. No puede. El MANIQUI está encima de ella. Lo levanta con las dos manos al tiempo. Movimiento de balanceo. Lucha frenética. Lo sube y lo baja. Aúlla.)* ¡Ah! ¡Ah! ¡Así! ¡Así! ¡Así! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte! *(Lo abraza y sacude. El MANIQUI se rompe y pierde alguno de sus miembros. AURORA se arrastra y se levanta perdida, sangrando. Las telarañas la envuelven implacables.)*

¡Ahhh! Están aquí. Me envuelven. Ayúdenme, ayúdenme por favor. *(Al público.)*

EDUARDO

(Voz en off.)

Duerme, apoya tu cabeza sobre mi hombro.

AURORA

(Grita.) ¡Voy... voy por una escoba!

EDUARDO

(Maligno.)

Ya son demasiado grandes. No es posible quitarlas con la escoba. *(Soñador.)* Imagínate que son grandes cortinas de seda, una bonita tela para un vestido de noche. Mira, mira cómo brillan.

AURORA

(Se debate y llora mansamente.) Sí, sí, brillan, brillan... *(Al público.)* Ayúdenme, alguno de ustedes puede ayudarme ¡por favor!

(Las telarañas envuelven por completo a AURORA.)

(La PORTERA sale de su cubil.)

PORTERA

Y ahora habrá que comenzar a ordenar, a limpiar y ordenar, a ordenar.

(Dice esto con enloquecedor contento, mientras barre todo el escenario. Nubes de polvo. Ruido de pasos militares. La PORTERA ríe enloquecidamente. Inmovilidad total.

Silencio.

Por un ala del proscenio entran AURORA, EDUARDO, ROB, ANDO, la PEQUEÑA, todos vestidos de blanco y en estado de feliz santidad.)

FIN